



WALTER SCOTT*

(A propósito de Quentin Durward.)

VICTOR HUGO

Indudablemente que hay algo de singular y maravilloso en el talento de este hombre, que dispone del lector así como el viento dispone de las hojas de los árboles; que le pasea á su gusto por todos los sitios y por todas las épocas; presentándole, sin esfuerzo, el pliegue mas recóndito del corazón y el mas misterioso fenómeno de la naturaleza, lo mismo que la página mas oscura de la historia; cuya imaginación domina y acaricia todas las imaginaciones, reviste con la misma sorprendente verdad el harapo del mendigo y la púrpura del rey, toma todos los continentes, adopta todas las vestimentas, habla todos los idiomas; deja á la fisonomía de los siglos lo que la sabiduría de Dios ha dado de inmutable y de eterno á sus facciones, y lo que las locuras de los hombres han impreso en ellas de variable y de pasajero; no fuerza, como acostumbran ciertos novelistas ignorantes, á los personajes de pasados tiempos á iluminarse con nuestro afeitado, y á frotarse con nuestro barniz, sino que obliga con su mágico poder á los lectores contemporáneos á empaparse, siquiera por algunas horas, en el espíritu, tan desdeñado actualmente, de los viejos tiempos, lo mismo que un discreto y hábil consejero que invita al hijo ingrato á volver al paterno hogar. Sin embargo, el hábil mágico quiere ante todo ser exacto. No niega á su pluma la verdad, ni aun aquella que nace de la

pintura del error, esa hija de los hombres que sería dado suponer inmortal si su humor caprichoso y voluble no nos consolaba tocante á su eternidad. Pocos historiadores hay tan fieles como el novelista que nos ocupa. Presiéntese que ha querido que sus retratos fueran cuadros y los cuadros retratos. Nos pinta á nuestros antepasados con sus pasiones, sus vicios y sus crímenes, empero de suerte que la inestabilidad de las supersticiones y la impiedad del fanatismo hagan resaltar mejor la perennidad de la religion y la santidad de las creencias. Por otra parte, agrádanos ver á nuestros ascendientes con sus preocupaciones, amenudo tan nobles y saludables, lo mismo que con sus magníficos plumeros y sus buenas corazas.

Walter Scott ha sabido beber en las fuentes de la naturaleza y de la verdad un género desconocido, que es nuevo porque se torna tan antiguo como se quiere. Walter Scott emparenta á la minuciosa exactitud de las crónicas la majestuosa grandiosidad de la historia y el interés apremiante de la novela; genio poderoso y notable que adivina el pasado; pincel verdadero que traza un retrato fiel teniendo por modelo confusa sombra y nos fuerza á reconocer aun aquello que no hemos visto; espíritu flexible y sólido que se apodera del sello peculiar de cada siglo y de cada país, cual blanda cera, y conserva esa impresion para la posteridad como un bronce indeleble.

Pocos escritores han llenado tan bien como Walter Scott los deberes del novelista relativamente á su arte y á su siglo; pues error casi culpable sería en el literato creerse por encima del interés general y de las necesidades nacionales, y eximir su espíritu de toda accion tocante á los contemporáneos, aislando su vida egoista de la grande vida del cuerpo social. ¿Quién se sacrificará, pues, si no es el poeta? ¿Qué voz se levantará en medio de la tempestad, á no ser la de la lira que puede apaciguarla? ¿Y quién desafiará los ódios de la anarquía y los desdenes del despotismo, sino aquel á quien la sabiduría antigua atribuía el poder de reconciliar á los pueblos y á los reyes, al par que la moderna sabiduría hále dado el de dividirlos?

Así pues, Walter Scott no emplea su talento en empalagosas galanterías, en mezquinas intrigas ni en turbias aventuras. Avisado por el instinto de su gloria, comprendió que se requería algo mas para una generacion que acaba de escribir con su sangre y con sus lágrimas la mas extraordinaria página de todas las historias humanas. Los tiempos que inmediatamente

precedieron y siguieron á nuestra revolucion convulsiva, reduciéndose á esos periodos de postracion que el calenturiento experimenta antes y despues del acceso. Entónces los libros mas atroces, los mas estúpidamente impíos, los mas monstruosamente obscenos, eran devorados con avidez por una sociedad enfermiza, cuyos depravados gustos y abotagadas facultades hubieran rechazado todo alimento apetitoso y saludable. Esto explica los triunfos escandalosos adjudicados en aquel tiempo por los plebeyos de los salones y los patricios de los puestecillos á escritores ineptos ó licenciosos que nos desdeñaríamos de citar, los cuales están reducidos ahora á mendigar los aplausos de los lacayos y las sonrisas de las prostitutas. Actualmente las masas no distribuyen la popularidad, sino que procede ésta de la única fuente que puede imprimirle un carácter de inmortalidad así como de universalidad, del sufragio de ese reducido número de espíritus delicados, de almas exaltadas y de pensamientos sérios que moralmente representan á los pueblos civilizados. Esto es lo que ha obtenido Scott pidiendo prestadas á los anales de las naciones composiciones adecuadas á todos los pueblos, desenterrando de los fastos de los siglos libros escritos para todos los siglos. Ningun novelista ha ocultado mas enseñanza bajo irresistible encanto, mas verdad bajo el ropaje de la ficcion. Hay visible alianza entre la forma que le es propia y todas las formas literarias del pasado y del porvenir, y seria dado considerar las novelas épicas de Scott como una transición de la literatura actual á las novelas grandilocuentes, á las grandes epopeyas en verso ó en prosa que nuestra era poética nos promete y nos dará.

¿Cuál debe ser la mente del novelista? Expresar en una fábula interesante útil verdad. Y una vez escogida esa idea fundamental é inventada esa accion explicativa, ¿por ventura no ha de buscar el autor, para desarrollarla, alguna explicacion que haga verosímil su novela asemejándola á la vida real, y la imitacion parecida al modelo? ¿Y no es la vida un drama extraño donde andan mezclados lo bueno y lo malo, lo hermoso y lo feo, lo alto y lo bajo, ley cuyo poder solo espira fuera de la creacion? ¿Habrà, pues, que limitarse á componer, como ciertos pintores flamencos, cuadros enteramente tenebrosos, ó, al igual de los chinos, escenas del todo luminosas, cuando la naturaleza muestra por doquiera la lucha de la sombra y de la luz? Los novelistas anteriores á Walter Scott habían adoptado en general dos métodos de

composicion contrarios. Unos daban á su obra la forma de una narracion dividida arbitrariamente en capítulos, sin que se adivinara demasiado el porqué, ó únicamente para dar descanso al espíritu del lector, como lo confiesa con harta candidez el título de Descanso que se lee á la cabeza de cada capítulo en una obra antigua española (1); otros desenvolvían su fábula en una serie de cartas que se suponían escritas por los diversos actores de la novela. En la narracion desaparecían los personajes, y lo único que se mostraba constantemente era la personalidad del autor: en las cartas éste se eclipsa y solo pone en evidencia sus personajes. El novelista narrador no puede introducir el diálogo natural, la accion verdadera; ha de sustituirlo con cierto movimiento monótono de estilo semejante á una rueda de molino donde los acontecimientos mas distintos toman la misma forma, y bajo la que desaparecen las creaciones mas

(1) El escudero Márcos de Obregon.

elevadas, las invenciones mas profundas, así como las asperezas de un campo se allanan bajo el rodillo. En la novela epistolar, dicha monotonía deriva de otra causa. Cada personaje llega á su vez con su epístola, al modo de esos actores forasteros que, no siéndoles dado presentarse sino uno despues del otro, y no teniendo permiso de hablar encima de las tablas, presentanse sucesivamente, ostentando en su cabeza un gran rótulo en el que el público puede leer el papel que desempeñan en la comedia. La novela epistolar puede compararse asimismo á esas laboriosas conversaciones de sordomudos que se escriben recíprocamente lo que tienen que decirse, de suerte que su cólera ó su alegría está obligada á empuñar constantemente la pluma ó á guardar el tintero en el bolsillo. Así pues, pregunto yo: ¿á qué queda reducido el propósito de un tierno reproche que hay que echar al correo? ¿y la fogosa explosion de las pasiones no se ve un poco reprimida entre el preámbulo obligado y la fórmula cortés de los cumplidos, el bagaje de la urbanidad acelerando el progreso del interés y apresurando la marcha de la accion? Finalmente, ¿no ha de suponerse algun vicio radical é insuperable en un género de composicion que en ocasiones ha bastado á enfriar la elocuencia misma de Rousseau?

Supongamos, pues, que á l a novela narrativa, en la que diriase se ha pensado en todo excepto en el interés, adoptando la absurda costumbre de hacer preceder

cada capítulo de un sumario, amenudo muy detallado, que es como el relato del relato; supongamos que á la novela epistolar, cuya misma forma impide toda vehemencia y rapidez, un espíritu creador sustituye la novela dramática, en la cual la acción imaginaria se desenvuelve en cuadros verdaderos y variados, así como se desenvuelven los sucesos reales de la vida; que no conozca mas división que la de las distintas escenas que han de desarrollarse; que, en fin, sea un drama dilatado, donde las descripciones hagan las veces de decoraciones y de trajes, donde los personajes se retraten á sí mismos, representando, por medio de sus diversos y múltiples choques, todas las formas de la idea única de la obra. En ese nuevo género encontrareis reunidas las ventajas de dos géneros ya viejos, sin sus inconvenientes. Pudiendo disponer de los resortes pintorescos, y hasta cierto punto mágicos del drama, os será dado dejar entre bastidores esos mil detalles ociosos y transitorios que el simple narrador, obligado de seguir á sus actores paso á paso, como al niño que lleva andadores, debe exponer extensamente si quiere ser claro; y podreis aprovecharos de esos rasgos profundos y súbitos, mas fecundos en meditaciones que páginas enteras, que produce el movimiento de una escena, si bien excluye la rapidez de una narración.

Después de la novela pintoresca pero prosáica de Walter Scott, falta crear otra novela, mas bella y completa, según nuestra opinión, á saber: la novela á la vez drama y epopeya, pintoresca pero poética, real pero ideal, verdadera pero grande, que engastará á Walter Scott en Homero.

Como todo creador, Walter Scott ha sido perseguido hasta estos momentos por inextinguibles críticos. Preciso es que todo el que desbroce un pantano se resigne á oír á su alrededor el desapacible canto de las ranas.

Por lo que á nosotros toca, llenamos un deber de conciencia colocando á Walter Scott á grande altura entre los novelistas, y en particular concedemos muy distinguido puesto entre las novelas á la titulada: *Quentin Durward*. Es un libro precioso. Con dificultad se encontraría una novela mejor hilvanada, y de efectos morales mas enlazados con los efectos dramáticos. El autor ha querido demostrar, á nuestro entender, que la lealtad, aunque se albergue en pecho oscuro, joven y pobre, alcanza mas fácilmente su objeto que la perfidia, mas que se vea auxiliada de todos los recursos del poder, de la riqueza y de la experiencia. El

primero de estos papeles hálo confiado á su escocés
Quentin Durward, huérfano lanzado en
medio de los mayores escollos y de los lazos
mejor preparados, sin mas brújula que un amor propio
desmesurado; empero, muchas veces el amor
conviértese en virtud al asemejarse á la locura. El
segundo papel desempeñalo Luis XI, rey mas diestro
que el mas diestro cortesano, viejo zorro con garras de
leon, poderoso y perspicaz, á quien se sirve entre
sombras lo mismo que á la luz del dia, escudado
incesantemente con su guardia como con formidable
escudo y que tiene por espada sus verdugos. Estos dos
personajes, tan distintos entre sí, resístense el uno al
otro, expresando la idea fundamental con una verdad
altamente notable. Prestando estrecha obediencia al
rey el leal Quentin, sirve, sin saberlo, sus propios
intereses, mientras que los proyectos de Luis XI, de
que habia de ser á un tiempo instrumento y víctima
Quentin, vuélvense simultáneamente en contra del
astuto anciano y en favor del jóven sencillo.

Un exámen superficial pudiera dar á entender á
primera vista que el primitivo intento del poeta
estriba en el contraste histórico, pintado con tanto
talento, del rey de Francia Luis de Valois y del duque
de Borgoña Cárlos el Temerario. En efecto, este precioso
episodio es tal vez un defecto en la composicion de la
obra, ya que rivaliza en interés con el mismo asunto;
mas dicha falta, dado caso de que exista, nada quita á
lo que de imponente y cómico ofrece en conjunto esa
oposicion de los dos príncipes, uno de los cuales,
déspota blando y ambicioso, desprecia al otro, tirano
duro y aguerrido, que ¿atreverse le miraría con
desden. Ambos se aborrecen; empero Luis desafía el
ódio de Cárlos porque es rudo y salvaje, y Cárlos teme la
malquerencia de Luis por lo que tiene de acariciadora.
El duque de Borgoña, en medio de su campo y de sus
Estados, se inquieta junto al rey de Francia, indefenso,
como el sabueso al olfatear el gato. La crueldad del
duque nace de sus pasiones, la del rey procede de su
carácter. El borgoñon es leal porque es violento: nunca
ha tratado de ocultar sus malas acciones;
carece de remordimientos, pues háse olvidado de sus
crímenes lo mismo que de sus arrebatos. Luis es
supersticioso, tal vez porque es hipócrita; no basta la
religion para aquel á quien atormenta la conciencia y
que no quiere arrepentirse: empero, por mas que dé
crédito á impotentes expiaciones, la memoria del mal
que ha causado vive sin cesar en él junto á la idea del
mal que va á hacer, pues siempre acude á nuestra
mente lo que se ha meditado largo tiempo, y el crimen,

cuando ha sido un deseo ó una esperanza, conviértese asimismo en recuerdo. Los dos príncipes son devotos; pero Cárlos jura por su espada antes de jurar por Dios, mientras que Luis trata de ganarse el afecto de los santos por medio de dádivas metálicas ó cargas de córte, mezcla la diplomacia con las oraciones, y hasta intriga con el cielo. En caso de guerra, Luis todavía examina sus peligros cuando Cárlos descansa ya de las fatigas de la victoria. La política del Temerario está en su brazo, solo en su brazo, empero la mirada del rey alcanza mas léjos que el brazo del duque. En fin, Walter Scott prueba, poniendo en juego á los dos rivales, cuánta mas fuerza tiene la prudencia que la audacia, y cómo aquel que nada parece temer tiene miedo al que diríase que todo lo teme.

¡Con qué arte nos pinta el ilustre escritor al rey de Francia presentándose, con refinada sutileza, en casa de su lindo primo el borgoñon, y pidiéndole hospitalidad en el momento en que el orgulloso vasallo se dispone á declararle la guerra! ¿Y háse visto nada mas dramático que la noticia de una rebelion fomentada en los Estados del duque por los agentes del rey, cayendo como el rayo entre los dos príncipes en el preciso momento en que departen al parecer amistosamente sentados ante una misma mesa? Así el engaño vése descubierto por el engaño, y el prudente Luis ha venido á entregarse inconscientemente é indefenso á la venganza de un enemigo justamente irritado. Algo dice la historia de todo esto; mas en el presente caso quiero creer á la novela y nó á la historia, pues prefiero la verdad moral á la verdad histórica. Una escena tal vez mas notable, es aquella en que los dos príncipes, que no han bastado á reconciliar los mas prudentes consejos, reanudan su amistad por un acto de crueldad que el uno imagina y el otro pone en ejecucion. Por primera vez riense juntos cordial y alegremente, y aquella risa, excitada por un suplicio, borra momentáneamente su inquina. Idea tan terrible hace estremecer de admiracion.

Hemos oido criticar, como horrorosa y repugnante, la pintura de la orgía. En nuestro concepto es uno de los mas bellos capítulos del libro que nos ocupa.

Intentando Walter Scott pintar al famoso bandolero apellidado el Jabalí de los Ardennes, habría echado á perder su cuadro si no excitara el horror. Es preciso emprender con franqueza una accion dramática, y buscar en todo el fondo de las cosas. Ahí están la emociion y el interés. Los espíritus tímidos son los únicos que capitulan con una concepcion fuerte y retroceden á la vista del camino que se trazaron.

Conforme al mismo principio, nos proponemos justificar otros dos pasajes, los cuales parécennos igualmente dignos de meditacion y de aplauso. El primero es la ejecucion de ese Hayraddin, extraño personaje del que tal vez hubiese podido sacar mas partido el autor. El segundo es el capítulo en que el rey Luis XI, detenido por orden del duque de Borgoña, hace preparar en su propia cárcel, por Tristan el Ermitaño, el castigo del astrólogo que le engañara. Idea singularmente bella el presentarnos ese rey cruel, que halla en su calabozo suficiente espacio para su venganza, reclamando á los verdugos como sus últimos servidores, y que prueba el resto de autoridad que le queda ordenando una sentencia de muerte.

Pudiéramos multiplicar esas observaciones haciendo resaltar de paso los defectos que encontramos en el episodio dramático de sir Walter Scott, sobre todo en su desenlace; mas para justificarse, sin duda el novelista invocaría razones

mucho mejores que las que tendríamos nosotros para censurarle. No nos sentimos con fuerzas para esgrimir nuestras débiles armas contra tan formidable campeón. Así pues, vamos á limitarnos á hacerle observar que la frase que pone en boca del bufon del duque de Borgoña al llegar Luis XI á Peronne, pertenece al bufon de Francisco I, que la pronunció al pasar Cárlos V á Francia, en 1535. La inmortalidad de ese pobre Triboulet es debida á dicha frase; no le quitemos, pues, su gloria. Tambien creemos que el expediente ingenioso que emplea el astrólogo Galeotti para librarse de las iras de Luis XI, ya habia sido imaginado algunos miles de años antes por un filósofo á quien intentaba dar muerte Dionisio de Siracusa. No damos á estas observaciones mas importancia de la que en sí tienen, pues un novelista no es un cronista. Una cosa nos ha sorprendido, sin embargo, á saber: que el rey dirija la palabra, en el consejo de Borgoña, á los caballeros del Espíritu Santo, cuya orden fundara un siglo mas tarde Enrique III. Además, creemos que la orden de San Miguel, con que el noble autor engalana á su intrépido lord Crawford, no fue instituida por Luis XI sino despues de su cautiverio. Que sir Walter Scott nos permita esos pequeños efugios cronológicos. Al alcanzar un efímero triunfo de pedante sobre tan ilustre anticuario, no está en nosotros librarnos del pasajero gozo que ponía fuera de sí á su Quentin Durward al ver que había desazonado al duque de Orleans y hecho frente á Dunois, y tentados estamos de pedirle perdon por nuestra victoria, como Cárlos V se la pidió al Papa:

Sanctissime pater, indulge victori.

FIN.

*Extraído del libro Hombres Célebres

Traductor: Mariano Blanch (1891)

Texto revisado y preparado por José García Postigo.

Fecha realización: Marzo, 2012.

Lugar: Melilla (España.)

2012 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

